

l que tiene,
se le dará; al que no tiene,
se le quitará

José Eizaguirre



La totalidad de este libro, tanto el contenido como el diseño están sometidos bajo licencia <<Reconocimiento-No comercial-Obras derivadas>> que puede consultar a la red a <<http://es.creativecommons.org/licencia/>>

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94
info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net

Depósito Legal: B-16.470-2012
ISSN: 2014-6485
Redacción: Septiembre de 2011
Edición: Julio de 2012

Diseño cubierta: Jordi Pascual Morant
Diseño y maquetación interior: Pilar Rubio Tugas

**AL QUE TIENE, SE LE DARÁ;
AL QUE NO TIENE, SE LE QUITARÁ**

**Una relectura de la Parábola de las minas
(Lc 19,11-28)**

SUMARIO

1. LA PARÁBOLA DE LAS MINAS EN EL EVANGELIO DE LUCAS	3
1.1. Desconcierto e incomodidad de esta parábola	3
1.2. Historia y sentido de las parábolas en los Evangelios	5
1.3. La Parábola de los talentos y de las minas en Mateo y Lucas	6
1.4. Una interpretación de la Parábola de las minas	7
2. LA PARÁBOLA DE LAS MINAS HOY	10
2.1. Una mirada a nuestro mundo a la luz de la parábola	10
2.2. Algunos ámbitos de comportamiento	12
2.3. Conclusión	18
3. CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	20

A Megan McKenna, quien me puso en la pista.

A Lorenzo Amigo, por sus atinados comentarios.

(Todas las citas bíblicas son de la Biblia de Jerusalén)

José Eizaguirre

(Madrid, 1964) Estudió Arquitectura en Madrid y Administración de Empresas en Mondragón. Ha trabajado en las editoriales SM y PPC y como administrador provincial de la Compañía de María (marianistas). Es autor de artículos, conferencias y cursos sobre ecología, consumo y estilos de vida alternativos. Ha publicado *Una vida sobria, honrada y religiosa* (Narcea 2010). Es el promotor de la campaña de solidaridad «Cuaresma, cuarenta días con los cuarenta últimos». Colabora con el blog de *Cristianisme i Justícia*.

1. LA PARÁBOLA DE LAS MINAS EN EL EVANGELIO DE LUCAS (LC 19,11-28)

Hay una parábola en el Evangelio de Lucas que produce un desconcierto e incomodidad no siempre manifestos. Una parábola que trata de dinero, bancos, intereses y ganancias. Un texto que habla de un hombre noble que, antes de marchar para un largo viaje, llama a algunos de sus siervos y les reparte cierta cantidad de dinero, pidiéndoles que lo hagan fructificar. Y cuando vuelve, les llama para saber lo que cada uno ha producido. Unos han multiplicado la cantidad recibida y reciben su parte de recompensa en proporción a su resultado. Pero hay un «siervo malo» que ha desobedecido a su señor, un siervo rebelde que se opone a ese orden de cosas...

1.1. Desconcierto e incomodidad de esta parábola

Seguro que nos suena esta parábola. El texto nos recuerda a la de los talentos que narra el Evangelio de Mateo (Mt 25,14-30): «El Reino de los Cielos es como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda...». Sin embargo, cuando leemos o escuchamos esta misma parábola contada por Lucas (Lc 19,11-28) nos quedamos con ese desconcierto e incomodidad que no nos acaba de encajar. ¿De dónde proceden? Precisamente de la forma como Lucas describe al «hombre noble» de la parábola. En ambos Evangelios el sentido es el mismo: debemos esforzarnos por hacer fructificar los dones recibidos. Pero así como Mateo lo plantea mediante un señor que confía su hacienda a sus siervos y que se preocupa de que éstos, cada uno según su capacidad, desarrollen sus talentos, Lucas lo hace mediante el ejemplo de un personaje avaricioso, déspota, injusto y cruel.

¿Exageración? Leamos detenidamente el texto, intentando hacerlo sin el prejuicio de quien “ya sabe el significado” de la parábola. Como si fuera la primera vez que lo leemos.

Una nota previa para contextualizar la parábola: el texto inmediatamente anterior es el episodio de Zaqueo (Lc 19,1-10), un hombre que era «jefe de publicanos y rico», y que tras ser llamado y acoger a Jesús en su casa reconoce públicamente su conversión: «si en algo defraudé a alguien le devolveré el cuádruplo». Jesús recibe su confesión sin reproche (v. 10): «pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido». A continuación, el evangelista Lucas prosigue:

¹¹Estando la gente escuchando estas cosas, añadió una parábola, pues estaba él cerca de Jerusalén, y creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento a otro.

¹²Dijo pues: Un hombre noble marchó a un país lejano, para recibir la investidura real y volverse. ¹³Habiendo llamado a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: «Negociad hasta que vuelva». ¹⁴Pero sus ciudadanos le odiaban y enviaron detrás de él una embajada que dijese: «No queremos que ése reine sobre nosotros».

¹⁵Y sucedió que, cuando regresó, después de recibir la investidura real, mandó llamar a aquellos siervos suyos, a los que había dado el dinero, para saber lo que había ganado cada uno. ¹⁶Se presentó el primero y dijo: «Señor, tu mina ha producido diez minas». ¹⁷Le respondió: «¡Muy bien, siervo bueno!; ya que has sido fiel en lo mínimo, toma el gobierno de diez

Al que tiene,
se le dará; al que no...

ciudades». ¹⁸Vino el segundo y dijo: «Tu mina, Señor, ha producido cinco minas». ¹⁹Dijo a éste: «Ponte tú también al mando de cinco ciudades».

²⁰Vino el otro y dijo: «Señor, aquí tienes tu mina, que he tenido guardada en un lienzo; ²¹pues tenía miedo de ti, que eres un hombre severo; que tomas lo que no pusiste, y cosechas lo que no sembraste». ²²Le dice: «Por tu propia boca te juzgo, siervo malo; sabías que yo soy un hombre severo, que tomo lo que no puse y cosecho lo que no sembré; ²³pues ¿por qué no colocaste mi dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo habría cobrado con los intereses». ²⁴Y dijo a los presentes: «Quitadle la mina y dádsela al que tiene las diez minas». ²⁵Le dijeron: «Señor, tiene ya diez minas». ²⁶—«Os digo que a todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará».

²⁷«Pero a aquellos enemigos míos, los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí».

²⁸Y habiendo dicho esto, marchaba por delante subiendo a Jerusalén.

Volvamos detenidamente sobre lo que nos dice el texto. Aquí se habla de un personaje:

- Ambicioso: (v. 12) un «hombre noble» que es capaz de hacer un largo viaje con tal de convertirse en rey.
- Rechazado y odiado por sus ciudadanos (y se entiende que por *todos* sus ciudadanos), que le odian y no quieren que reine sobre ellos (v. 14), hasta el punto de enviar una embajada para expresar su rechazo.
- Arbitrario: llama a *diez siervos suyos* para darles el dinero. ¿Por qué no a todos? ¿Por qué esa arbitrariedad?
- Avaricioso: su preocupación no son sus siervos sino hacer crecer su dinero:
 - La orden es clara: (v. 13) «negociad mientras vuelvo».
 - Cuando vuelve, llama a sus siervos (v. 15) «para saber lo que había ganado cada uno».
 - Le responde al “siervo malo” (v. 24): «¿Por qué no colocaste mi dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo habría cobrado con los intereses».
- Déspota en su forma de ejercer la autoridad. Premia a sus siervos concediéndoles parte de su poder: (v. 18) «ponte al mando de diez ciudades»; «ponte al mando de cinco ciudades».
- Materialista, en el sentido “productivista” de que no premia en función del esfuerzo o de otras circunstancias sino exclusivamente del resultado productivo (v. 19): el que rinde más y produce más ganancias, recibe más recompensa; el que produce menos, recibe menos (¡y qué ganancias, del 1.000% y 500%! Y uno se pregunta: ¿se puede conseguir un beneficio del mil por cien de manera honrada? Ni la venta de armas o de droga, los dos negocios más lucrativos de nuestro tiempo, produce tanto margen).
- Severo y exigente —y consciente de ello—: que cosecha lo que no siembra y toma lo que no es suyo. Algo que conocían muy bien los campesinos de Galilea, agobiados por diezmos e impuestos que iban a parar a los poderosos...
- Injusto: un hombre poderoso que además, contribuye a que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres (v. 26): «Os digo que a todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará». ¿Por qué la mina del tercer siervo se la dio al que ya tenía diez (cosa que tanto llama la atención de los presentes que hasta se lo advierten: «Señor, tiene ya diez minas»). ¿Por qué no se la dio al que tenía cinco o a otro?

- Cruel: un rey que ejecuta a sus opositores sin juicio ni miramientos (v. 27): «A aquellos enemigos míos, los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí». (Otras versiones traducen: «traedlos aquí y degolladlos en mi presencia»).

Estamos, por tanto, ante un personaje ambicioso, arbitrario, avaricioso, déspota, materialista, severo, injusto y cruel. Con este perfil, no es de extrañar que fuera odiado por sus conciudadanos.

Desde luego que un personaje así está lejos de ser un modelo evangélico (y está lejos de ser el «señor de los talentos» de la parábola de Mateo). De ahí nuestra incomodidad cuando leemos o escuchamos esta parábola pensando que Dios es como ese personaje siniestro. ¿Cómo podemos interpretar esto?

1.2. Historia y sentido de las parábolas en los Evangelios

Conviene recordar lo que es una parábola evangélica. Para entender las parábolas hay que conocer su historia en la tradición cristiana.¹

Las parábolas son comparaciones, cuya enseñanza suele concentrarse en una especie de punta o agudeza que suele estar al final de la narración. Hay, pues, dos niveles: uno el de la realidad visible; el otro, que es sugerido. En principio no es el nivel visible el que interesa sino el otro nivel sugerido. Interesa hacer comprender la vida cristiana, no el funcionamiento de la agricultura o de la economía y el comercio. El nivel visible descrito en las parábolas es diverso en cada parábola, unas veces es la siembra, otra la pesca, otra la construcción. En cambio, el plano invisible al que se apunta es siempre el mismo: el Reino. Lo que interesa en la parábola es siempre lo que podemos aprender sobre el Reino, no cómo funciona la agricultura o los negocios.

Cada parábola apunta a una única enseñanza. Es un error preguntarnos qué significa cada detalle del texto o querer buscar una enseñanza en cada uno de ellos. Las parábolas son claras, no necesitan explicaciones.

Esto diríamos es de manera ideal por lo que se refiere a las parábolas contadas por Jesús. Para ello hay que conocer bien la época y las preocupaciones de Jesús. Él todavía no está a cargo de una comunidad cristiana sino que se confronta con los otros grupos judíos.

Inmediatamente después, la comunidad primitiva tomó las parábolas de Jesús y las adaptó a la nueva situación. Por eso es preciso conocer el contexto en que vivía la primera comunidad, que es ya de cristianos aunque se diferencie poco de los otros grupos judíos, salvo en la importancia que tiene para ella la figura de Jesús.

Finalmente los evangelistas retomaron las parábolas de Jesús, adaptadas por la Iglesia, y cada uno dio su interpretación. Hay que conocer cuáles son las preocupaciones de cada uno de los evangelistas. Sin duda alguna Lucas es el que está más interesado por el uso que se hace del dinero. Probablemente su comunidad es la primera que tiene personas ricas. Aunque al inicio eran las mismas parábolas, cada evangelista tiene preocupaciones distintas.

Tenemos un ejemplo en la Parábola del banquete y de los invitados que se excusan, presente tanto en Mateo:

El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. Envío sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir... (Mt 22,1-14)

Como en Lucas:

Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado». Pero todos a una empezaron a excusarse... (Lc 14,15-24)

1. Agradezco a Lorenzo Amigo sus comentarios a este texto y especialmente los párrafos que siguen.

Mateo sitúa esta parábola a continuación de la de los viñadores homicidas (Mt 21,33-45) y en continuidad con su mensaje:

⁴³«Por eso os digo: Se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos». ⁴⁵Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que estaba refiriéndose a ellos.

El contenido de su parábola transmite un mensaje religioso: los judíos son los primeros invitados al Reino de Dios, pero lo rechazan. Entonces se invita a todos los que se encuentran en los cruces de caminos, “malos y buenos”.

Lucas, por su parte, utiliza la misma parábola con un significado social: los ricos (los que pueden permitirse comprar campos y yuntas de bueyes) rechazan la invitación del banquete. Entonces el señor ordena salir a las plazas y calles de la ciudad y hacer entrar «a los pobres y lisiados, ciegos y cojos». El versículo inmediatamente precedente a esta parábola (v. 13) ha sido una invitación sorprendentemente idéntica:

Quando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; ¹⁴y serás dichoso, porque no te pueden corresponder, pues se te recompensará en la resurrección de los justos.

Si en Mateo la insistencia está en una distinción de tipo religioso (judío-no judío), en Lucas tiene un carácter social (ricos-pobres). Ambos utilizan la misma comparativa y hasta frases casi idénticas, pues ambos beben de la misma fuente (la conocida como «fuente Q»), pero presentan la parábola con acentos distintos en función de la situación de la comunidad a la que se dirigen.

6

1.3. La Parábola de los talentos y de las minas en Mateo y Lucas

Del mismo modo, hay que distinguir la parábola de las minas de Lucas de la de los talentos que narra el Evangelio de Mateo (Mt 25,14-30). En ambos el sentido es el mismo: debemos hacer fructificar los dones recibidos; tenemos la responsabilidad de hacerlo y seremos juzgados con exigencia acorde a esta responsabilidad.

Sin embargo, existen algunos acentos diferentes en los dos Evangelios:

- Mateo sitúa su parábola en el capítulo 25 de su Evangelio, hacia el final del discurso escatológico, tras las Parábolas del mayordomo y las diez vírgenes y el texto del Juicio Final. El contexto insiste en la necesidad de estar alerta y preparados para la venida del Señor, dando frutos de buenas obras. El dueño «encomienda su hacienda» (v.14) a sus siervos en un encargo confiado y generoso. Lucas sitúa su parábola justo antes de la entrada de Jesús en Jerusalén, después del tercer anuncio de la Pasión y tras los relatos de la curación del ciego de Jericó y de la conversión de Zaqueo. El contexto es de subida a Jerusalén, donde va a culminar la misión de Jesús.
- El hacendado de Mateo reparte los talentos a todos sus siervos, «a cada uno según su capacidad». Su interés está en que cada uno dé los frutos que puede dar. Por el contrario, el hombre noble de Lucas llama «a diez siervos suyos» (otras versiones traducen «a diez de sus siervos»), no a todos. Hay aquí una arbitrariedad inquietante (del mismo modo, de esos diez siervos sólo sabemos lo que sucedió con tres de ellos; ¿y los otros siete?). Y su interés no está en el desarrollo de las capacidades de sus siervos sino en hacer crecer su dinero.
- El señor de la hacienda en Mateo premia a sus siervos dándose a sí mismo: «entra en el gozo de tu señor». El rey de Lucas premia a los suyos concediéndoles parte de su poder: «ponte al mando de diez

ciudades». Además, los siervos reciben en Mateo el mismo regalo, mientras que en Lucas cada uno recibe en proporción a lo que ha hecho rendir el dinero recibido.

Es evidente que cada evangelista está contando la misma parábola de manera distinta, recogiendo las diferentes sensibilidades y circunstancias de su comunidad. Nos interesa ahora centrarnos en lo específico del texto de Lucas. Una clave para comprenderlo es que Lucas presenta a veces en su Evangelio personajes injustos que le sirven para hablar del Padre, del Reino o de cómo debemos comportarnos los discípulos de Jesús. Por ejemplo cuando nos invita a fijarnos:

- En el administrador injusto (Lc 16,8): «Y el señor alabó al administrador injusto porque había obrado astutamente, pues los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz». ¡Pero esta comparación en modo alguno sugiere que los hijos de la luz tengan que ser injustos!
- En el juez injusto (Lc 18,6): «Dijo, pues, el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto». ¡Y de esta comparación no podemos concluir que Dios sea como ese juez injusto!

De la misma manera podríamos decir que el modo que tiene Lucas de transmitir la enseñanza de esta parábola (cuyo significado es, efectivamente, el mismo que en Mateo) sería algo así como: «fijaos en el rey injusto y en sus siervos obedientes: así como ellos se esfuerzan en hacer crecer sus riquezas, también vosotros debéis hacer crecer los dones que Dios os ha dado». Lo que se alaba aquí es la laboriosidad del “negociar activamente” los dones recibidos. Pero no podemos concluir que Dios sea como ese rey injusto ni que los discípulos de Jesús deban comportarse como siervos obedientes de ese rey injusto.

1.4. Una interpretación de la parábola de las minas

El mensaje es claro. La pretensión de la parábola es hablar del Reino de Dios y no de cómo funcionan los reinos de este mundo. Pero este modo de contarla que Lucas presenta también nos puede iluminar para comprender otros aspectos del Reino de Dios. De hecho, ése es su contexto: Jesús y sus discípulos están subiendo a Jerusalén: (v. 11) «pues estaba él cerca de Jerusalén, y creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento a otro». El texto a continuación de esta parábola es ya la entrada de Jesús en Jerusalén.

Jesús ha intentado repetidamente explicar a sus discípulos lo que va a ocurrir en Jerusalén: que él se iba a enfrentar a las autoridades del pueblo y que sería rechazado y castigado. Es posible que Jesús cuente esta parábola para intentar hacerles ver que el Reino que ellos están esperando no tiene nada que ver con el que se van a encontrar en Jerusalén. Apenas una página antes, Jesús había advertido en vano una vez más a los doce:

«Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron para el Hijo del hombre; pues será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará». Ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía. (Lc 18,31-34)

El texto inmediatamente posterior a la Parábola de las minas es ya el de los preparativos de la Pascua y la entrada triunfal en Jerusalén. Estamos, por tanto, a las puertas de que suceda todo eso que Jesús ha ido anunciando en su subida a Jerusalén y que sus discípulos no han entendido. Tal vez esta parábola sea un último

intento de explicarlo, el último intento de hacerles ver que el Reino de Dios no es como ellos se lo imaginan, sino todo lo contrario a los reinos de este mundo basados en el poder y la extorsión.

Jesús comienza hablando de «un hombre noble que marchó a un país lejano para recibir la investidura real y volverse». Parece clara la referencia a Arquelao, hijo del rey Herodes el Grande, quien a la muerte de éste (año 4 a. C.) había viajado a Roma para impugnar el testamento de su padre. El emperador Augusto resolvió la sucesión repartiendo a su manera el gobierno de los territorios, en la que Arquelao gobernaría en Judea, Samaria e Idumea mientras que Antipas lo haría en Galilea. Es plausible que le hubieran seguido a Roma algunos judíos para hacer fracasar sus gestiones.

El personaje de la parábola podría ser, por tanto, un personaje real y bien real. Los oyentes de Jesús no podían dejar de pensar en el despótico Arquelao mientras seguían escuchando.

Precisamente en este contexto, la actitud del tercer siervo se reviste de un sentido atrevido. He aquí una persona que ha recibido un dinero por parte del poder real, consciente de que éste lo ha obtenido no precisamente de su trabajo sino como resultado de los impuestos que los reyes cargan sobre los hombros de los campesinos. Sin duda Jesús y sus oyentes conocían por propia experiencia cómo el fruto de su trabajo acababa, a través de los recaudadores de impuestos, en manos de los gobernantes de su tiempo, aquellos de quienes el propio Jesús diría: «Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores» (Lc 22,25 y pp.). Los oyentes de la parábola sabían perfectamente que con frecuencia el dinero que viene del poder es un dinero sucio, injustamente recaudado por gobernantes severos que se llevan la cosecha que otros han sembrado e injustamente administrado para hacer que los ricos sigan siendo ricos mientras los pobres se hunden cada vez más en la precariedad.

8

La parábola por tanto habla de cosas bien reales en el aquí y ahora de Jesús y de sus oyentes: de reyes déspotas y siervos cómplices, de personas que se enriquecen injustamente (recordemos que Jesús está hablando en casa de Zaqueo, el recaudador de impuestos arrepentido) y otros que se niegan a entrar en el sistema, de pobres a quienes se les priva de lo poco que tienen para dárselo a ricos que de este modo son cada vez más escandalosamente ricos... «Señor, tiene ya diez minas», le dicen al rey cuando ordena que la mina del siervo rebelde sea entregada al primero. ¿Por qué no dársela al que tiene cinco minas, o a alguno de los otros siervos, o hacer que vuelva a las arcas reales? A nadie le extraña que se le despoje de la mina al siervo no colaborador, pero ¡dársela al que ya tiene diez! Es algo llamativo hasta para los más cercanos al rey.

La Parábola de las minas, según la cuenta Lucas, nos sugiere por tanto esta otra enseñanza: que ante un rey ambicioso, arbitrario, avaricioso, severo, déspota y cruel, que mantiene un sistema injusto que hace que los pobres sean cada vez más pobres mientras los ricos son cada vez más ricos; ante esto hay dos maneras de situarse:

- Unos que colaboran con ese orden de cosas; y reciben como retorno la parte de poder correspondiente a su contribución.
- Otro que se opone a ese sistema injusto; y se expone a recibir el castigo por ello: «Aquí tienes tu dinero; yo en este juego no quiero entrar; aunque me cueste la vida».

Esta interpretación puede sonar muy atrevida, pero ¿acaso no es una interpretación coherente con el mensaje y la vida de Jesús?²

Hay un par de detalles sugerentes en el texto de Lucas (y no en el de Mateo): lo que el rey llama a este «criado respondón» (v. 22) es «siervo malo» o, según otras traducciones, «siervo inútil» (en Mateo es llamado «siervo holgazán» o «siervo perezoso»)³, es decir, alguien que no es útil a los propósitos de ese rey, que no sirve bien para lo que el rey pretende.

2. La primera pista de esta sugerente interpretación la encontré en el libro de Megan McKenna, *Parábolas, las flechas de Dios*. Madrid, PPC, 1990.

3. Aunque el texto griego dice «siervo malo», con todas las resonancias que pueda tener esta palabra, la traducción litúrgica dice «empleado holgazán», pensamos que por una indebida influencia del sentido de la parábola de Mateo.

Además, la frase (v. 22) «Por tu propia boca te juzgo» es una expresión que Lucas sólo utiliza otra vez en su Evangelio, poniéndola en labios de los miembros del Sanedrín para condenar a Jesús (Lc 22,71). Dijeron ellos: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?». Seguramente este paralelismo en la expresión no deje de ser una mera coincidencia, pero ¡inquietante coincidencia en cualquier caso!

¿No es revolucionaria esta interpretación? ¿Podríamos ver en Jesús a ese «siervo malo e inútil» que no entra en el juego de un sistema económico-social (y religioso) injusto? Al igual que el siervo de la parábola, Jesús también tuvo que vencer al miedo —al «pavor y angustia» en el huerto de los Olivos— para ser consecuente hasta el final. Jesús, que, cuando termina de hablar, invita a sus discípulos a ponerse detrás de él y seguirle en esta dinámica del Reino.

Porque es precisamente así como concluye la parábola (v. 28): «Dicho esto, echó a andar delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén». Ante quienes piensan que el Reino «va a despuntar de un momento a otro», Jesús les muestra, echando a andar delante de ellos, que el Reino de Dios no es como ellos se lo imaginan, sino un camino que avanza contracorriente al de los reinos de este mundo.

No sabemos si Lucas y los destinatarios de su Evangelio pensaron en esta posible lectura de la parábola. Y no lo podemos saber. Pero más que preguntarnos por el significado que tuvo el texto para la comunidad de Lucas, lo que nos interesa es qué significado puede tener para nosotros hoy. Porque no existe una interpretación única de cada parábola del Evangelio; cada generación cuenta de nuevo las parábolas, actualizándolas y adaptándolas a su situación. Cada texto es un texto abierto y cada época vuelca en él sus preocupaciones. Nosotros podemos proyectar en ella las nuestras, siempre dispuestos a verificar si el texto de la parábola puede estar abierto a esta interpretación o no. Desde luego, la primera verificación es si esta manera de leer la parábola encaja globalmente en el mensaje evangélico.

Lo que nos interesa ahora es si esta relectura de la parábola de las minas nos dice algo hoy a nosotros, nos ayuda a comprender mejor el Reino que Jesús anunció y nos estimula a seguirle más de cerca. Si es así, entonces nada nos impide leer la parábola también en esta clave.

2. LA PARÁBOLA DE LAS MINAS HOY

«Al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene». Parece que hoy sigue cumpliéndose este principio. ¿Acaso no está sucediendo algo de eso en nuestro mundo? «Los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres». Y esto podemos referirlo no sólo a los bienes materiales; también a los derechos sociales esforzadamente conquistados.

2.1. Una mirada a nuestro mundo a la luz de la parábola

Es difícil describir brevemente un panorama de la situación del mundo hoy. Pero creo que no es difícil constatar que vivimos en un mundo en el que lo que se describe en la parábola de las minas sigue sucediendo:

- La FAO (*Food and Agriculture Organization*) advierte de que el número de hambrientos en el mundo sigue aumentando. Hace unos pocos años eran 800 millones; hoy son 1.030 millones las personas «severamente desnutridas». Cada día mueren de hambre 40.000 personas (un tercio de ellas son niños), mientras cerca de un tercio de los alimentos que se producen cada año en el mundo para el consumo humano se pierden o desperdician.⁴
- Al mismo tiempo, cada vez hay más «milmillonarios» en el mundo, como atestigua el famoso informe anual Forbes, que en cada publicación incorpora nuevos nombres a la lista (1.210 milmillonarios en 2011 frente a los 1.011 en 2010 y a los 793 en 2009. No está mal para un contexto de crisis económica mundial).
- La diferencia entre el 20% de los más ricos y el 20% de los más pobres, tanto en el conjunto del mundo como en el interior de cada país, no cesa de aumentar año tras año. Es sorprendente la capacidad de crear riqueza del sistema económico capitalista. Pero también es igualmente sorprendente su capacidad para concentrar esa riqueza cada vez en menos manos.
- No sólo aumenta la distancia —el abismo— entre los más ricos y los más pobres. Aunque éstos son los que más sufren la crisis, ésta ha llegado a las clases medias de los países “desarrollados”, que se van empobreciendo. Se desmonta el Estado del Bienestar y se recortan derechos sociales, mientras se piden sacrificios y recortes a la población.
- La crisis financiera, provocada por la avaricia y mala gestión de personas e instituciones financieras privadas, se está pagando con el dinero de los Estados, es decir, dinero público aportado por todos. Es el principio de «privatizar beneficios y socializar pérdidas». La mayoría se va haciendo un poco más pobre para que una minoría se haga más rica.
- A pesar de las buenas palabras de los políticos, se constata su incapacidad para legislar en contra de los “mercados”, es decir, de los que tienen y mueven el dinero en el mundo (supresión de paraísos fiscales, tasa Tobin, fiscalidad de los beneficios financieros, aranceles, patentes...); al contrario, da la impresión de que las leyes cada vez les favorecen más, mientras que al resto cada vez se nos piden más sacrificios.

4. Según un informe de la FAO, *Global food losses and food waste*, publicado el 11 de mayo de 2011.

- Del mismo modo, se constata la falta de voluntad política para favorecer a los más pobres. Hoy sabemos cómo acabar con la miseria y el hambre en el mundo y hasta sabemos cuánto dinero cuesta. Pero dedicamos veinte veces más a armamento o a tapar el agujero de los bancos...
- En el nivel internacional, somos testigos del expolio que sufren muchas naciones pobres en sus materias primas y recursos energéticos, en beneficio de un sistema de vida consumista que sólo podemos mantener unos pocos.
- Por no hablar de la degradación medioambiental: nuestro planeta cada vez está agotándose más, empobreciéndose en su capacidad biológica, para que unos pocos sigan manteniendo su nivel de consumo... (podríamos decir que estamos empobreciendo a las generaciones venideras para que esta generación pueda seguir derrochando).

Es así; parece que lo que se describe en la Parábola de las minas sigue sucediendo hoy. Al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.⁵

Sí, hoy parece que podemos aplicar al sistema en el que vivimos lo mismo que la parábola dice de este rey injusto. Cuando hablo de “sistema” me refiero a la manera como se organiza la sociedad, que ya es una sociedad globalizada. Es decir, a la manera como este mundo está, de hecho, organizado. Podríamos decir que hoy vivimos en un “sistema mundial” basado en la ambición y la avaricia; un sistema enraizado en una ideología materialista y productivista; un sistema, en la práctica, severo e inmisericordemente cruel; un sistema injusto que aumenta las desigualdades y genera frustración e indignación.

11

Nos referimos, por supuesto, a las “estructuras de pecado” que condicionan el funcionamiento del mundo. Pero no echemos la culpa únicamente a las estructuras; las personas también somos responsables. Si el sistema mundial es así es porque las personas nos comportamos así. ¿No es cierto? ¿No nos comportamos también a veces cada uno de nosotros de manera ambiciosa, avariciosa, materialista, severa e injusta?

Por supuesto que el mundo en que vivimos no es únicamente así. Las personas también somos capaces de comportarnos de manera generosa y amorosa. Pero insistir deliberadamente en esta visión del mundo tan negativa puede ayudarnos a identificar el camino a seguir para transformarlo... o para reforzarlo.

Porque, como en la parábola, ante este sistema económico perverso tenemos dos opciones:

- Integrarnos en el sistema y recibir la parte de recompensa proporcionada a nuestra contribución.
- Denunciar proféticamente: «yo en este juego no entro», y sufrir las consecuencias.

En honor a la verdad, hay que decir que la realidad no es así de bipolar sino mucho más compleja y matizada. Lo normal es que nosotros nos situemos en una variedad de posturas intermedias: formamos parte de un sistema y a la vez lo queremos cambiar; somos conscientes de que no todo el dinero que manejamos es “dinero justo”, pero no tenemos otra opción; a veces, aunque queramos, no sabemos a qué estamos contribuyendo con nuestro comportamiento; y otras veces ni nos lo planteamos...

Lo normal es vivir en una situación ambivalente. Nuevamente, esta manera extrema de interpretar la parábola puede ayudarnos a ser más conscientes de que con nuestra actitud y comportamiento podemos estar contribuyendo a fortalecer este sistema injusto o podemos oponernos a él, aunque sea a nivel de gesto profético.

Lo importante es empezar por ser conscientes. ¡Ese ya es un paso de gigante! Aunque no podamos cambiar la realidad, empezar por ser conscientes de las re-

5. No pocos economistas se refieren a este fenómeno con la expresión «efecto Mateo», en alusión a la Parábola de los talentos de este Evangelio. Dada la diferencia de matices explicada entre la Parábola de los talentos en Mateo y la de las minas en Lucas, pensamos que la expresión «efecto Lucas» sería más acertada.

percusiones que sobre la realidad tienen nuestros actos nos hace ser más completos, libres y responsables. Y eso no puede ser sino bueno para nosotros mismos.

Y aún en el caso de no poder cambiar la realidad, siempre tendremos el recurso de la palabra y de la denuncia, germen de transformación. Pero es que, si empezamos por ser conscientes de las repercusiones de nuestros hábitos de conducta, lo normal es que sí podamos ir dando pasos para transformarlos. ¡Hay tantos ámbitos de comportamiento donde podemos incidir!

2.2. Algunos ámbitos de comportamiento

Para no quedarnos en enunciados teóricos, veamos algunos ejemplos más concretos que nos ayuden a comprender lo que estamos diciendo. En nuestra vida cotidiana hay muchos ámbitos de comportamiento en los que, conscientemente o no, podemos estar contribuyendo a que «las cosas sigan como están» o bien podemos contribuir –siquiera en «cosas chiquitas», como dice Eduardo Galeano– a que las cosas cambien en la dirección de otro mundo mejor posible.

Así como la primera parte de este escrito puede aportar una visión más novedosa, esta segunda parte tiene menos de original. Gracias a Dios, cada vez son más los artículos, libros, videos, conferencias, cursos y divulgaciones de todo tipo que nos ayudan a comprender las repercusiones que tiene nuestro estilo de vida.⁶ Pero nunca está de más el recordarlas, aunque sea brevemente, sabiendo que no todos estaremos de acuerdo en algunas de las afirmaciones aquí vertidas y que algunas cosas habría que matizarlas mucho más. Nuevamente, la realidad no siempre es blanco/negro. Lo que vemos oscuro puede tener rayos de luz y lo que parece blanco suele tener alguna oscuridad.

6. Entre otros, recomiendo el cuaderno que está en el origen de mis inquietudes sobre estos temas: Lourdes ZAMBRANA, *Nuevas militancias para tiempos nuevos*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, Cuaderno nº 110.

12

Y puesto que la parábola habla de dinero, bancos y ganancias económicas, comencemos hablando del dinero, que desde hace milenios es un poderoso medio de configuración de la sociedad. Con él podemos hacer tres cosas (una vez obtenido): ahorrarlo, compartirlo y gastarlo.

2.2.1. Dinero que ahorramos: las inversiones

Aunque la llamada a la pobreza absoluta está en perfecta consonancia con el Evangelio, lo normal es que las personas (y las instituciones) tengamos un cierto nivel de ahorros. Esto, en principio, no es nada malo. Ahorramos para asegurar que nosotros mismos en el futuro no seremos gravosos a nadie y también para poder ayudar a otros, no sólo hoy sino también mañana.

Ahorrar está bien, siempre que las cantidades ahorradas guarden una razonable proporción con nuestras necesidades presentes y futuras. Acumular en exceso siempre ha sido un pecado personal e institucional y un factor claro de injusticias sociales:

«Para las naciones, como para las personas, la avaricia es la señal de un subdesarrollo moral.» [*Populorum Progressio*, 19]

Pero una vez dado por hecho que esas reservas económicas existen, nos planteamos qué podemos hacer con ellas, con qué criterios invertimos nuestros ahorros.

No pongo en duda que nuestros ahorros los invertimos. Meter el dinero en un cajón no sólo es una insensatez sino también una falta de atención al bien común. Los ahorros hay que ponerlos en circulación, no sólo para que produzcan a su dueño una ganancia que compense la inflación, sino para que beneficien a otros.

«El hombre, al usar los bienes materiales, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino

también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás.» [*Gaudium et Spes*, 69]

La pregunta clave es *a quién están beneficiando nuestros ahorros* (además de a sus propietarios). Quién queremos que se beneficie y quién no queremos que se beneficie.

Es posible que nuestro nivel de ahorro no nos llegue para tener inversiones financieras, pero es normal disponer de una cuenta corriente en una o varias entidades bancarias. En cualquier caso, ¿sabemos qué es lo que hace nuestro banco con nuestro dinero? Porque lo cierto es que, sin ser conscientes, podemos estar contribuyendo a mantener un sistema que no nos gusta. Buena parte de la crisis económica que estamos viviendo se debe a que ha habido entidades bancarias que han invertido el dinero de sus ahorradores en instrumentos especulativos de alto riesgo. Y esto sin conocimiento consciente de los propietarios de ese dinero. Evidentemente que ha habido culpa de los bancos deseosos de ganancias, así como de los legisladores que lo han permitido y de los gobernantes que lo han consentido. Pero ¿no deberíamos mencionar también una parte de culpa de los despreocupados clientes, encantados de que sus ahorros les rindieran tales intereses?

Por otra parte, hay bancos con probadas conexiones con la industria del armamento, con actividades dañinas para el medio ambiente y para poblaciones indígenas, o con otros “negocios” reprobables. Si nuestro dinero está depositado en entidades así, nuestro dinero estará contribuyendo, al menos indirectamente, a mantener este orden de cosas.

Y existen también otras entidades bancarias y financieras que invierte el dinero de sus ahorradores únicamente en proyectos útiles al bien común de la sociedad, con instrumentos de transparencia y participación, intentando poner en práctica que «otra manera de organizar la economía es posible». Es esperanzador constatar cómo la llamada «banca ética» está haciéndose cada vez más presente en la sociedad. Tal vez no podamos tener todo nuestro dinero en ella, pero lo que seguramente sí podemos es depositar en ella parte de nuestro dinero. De esta forma estaremos contribuyendo a otra forma de organizar la economía.

13

2.2.2. *Dinero que compartimos: la solidaridad*

«Que tu limosna sude en tu mano antes de darla», dice la Didajé, ese precioso texto de los primeros tiempos del cristianismo. También en este punto es necesario hacerse la pregunta de a qué y a quién estamos contribuyendo con nuestros donativos. Compartir bienes con los empobrecidos es un deber moral que no se pone en cuestión. Pero muchas veces uno tiene la impresión de que hay dinero destinado a solidaridad que no sólo no sirve para acabar con la pobreza sino que contribuye a perpetuarla.

Hay donativos que se hacen por impulso, ante la desgracia de desastres naturales o humanitarios, o ante la emotividad de quien aborda en la calle pidiendo limosna. Y una solidaridad meramente impulsiva sirve de poco. Incluso puede servir para tranquilizar la conciencia de quien da y para humillar o hacer dependiente a quien recibe. Por otro lado, una solidaridad mal gestionada puede hacer que buena parte del dinero aportado se quede en los entresijos organizativos de la entidad que lo administra (y eso sin pensar en desfalcos, de los que tristemente también de vez en cuando tenemos noticia).

Por desgracia, también en la solidaridad hay “regalos envenenados” (como la leche en polvo que una conocida marca de alimentación regalaba a las jóvenes madres de países en vías de desarrollo, haciendo que los bebés se hicieran dependientes de esa leche, que vendían a continuación), donaciones que crean dependencia, o que, al ser inconstantes en el tiempo, no sirven para resolver problemas en el medio y largo plazo y muchas veces son contraproducentes.

¿Y no son muchas veces incoherentes nuestros donativos? Los países desarrollados con una mano damos dinero a los pobres y con la otra se lo quitamos. El mundo está molestandamente afectado con la hambruna que padece Somalia y los

donativos fluyen en generosa corriente de solidaridad. Pero no siempre nos preguntamos por las causas de la pobreza en ese país. Si lo hiciéramos tal vez descubriríamos cuánto grano exporta Somalia a los mercados internacionales. Por no hablar de la Deuda Externa. Hace años que sabemos que el importe de Ayuda Oficial al Desarrollo a los países pobres es sensiblemente inferior a lo que esos países están pagando en concepto de intereses de la Deuda.⁷

Este panorama puede parecer muy pesimista. Más que criticar la intención y el hecho del dinero que compartimos, se trata de ayudarnos a ser conscientes de la gran pregunta que no debemos dejar de hacernos: ¿a qué y a quién está contribuyendo nuestro donativo? ¿Contribuye a que la situación siga como está o aporta algo que puede hacer que las cosas cambien en la línea de otro mundo mejor posible?

Nuevamente, es esperanzador ver cómo muchas organizaciones de solidaridad y asistenciales llevan tiempo incluyendo en sus estrategias análisis de la realidad respecto a las causas de la pobreza y acompañamientos de procesos de ayuda y capacitación para que sean las propias víctimas de la pobreza las que salgan de su situación.

Por eso, el donativo dirigido a curar las heridas debe ir acompañado de otro tanto dirigido a evitar las causas de esas heridas. El dinero que damos a organizaciones de denuncia y acción social y política es un donativo tan necesario como el primero. Si además de dar pan a los pobres nos preguntamos por qué los pobres no tienen pan, lo consecuente es apoyar también a quienes se hacen esa misma pregunta y trabajan por atajar las causas de la injusticia.

2.2.3. Dinero que gastamos: el consumo

14

Es posible que no tengamos mucho dinero para ahorrar o para compartir. Tal vez la mayor parte de nuestro dinero se nos vaya en afrontar los gastos ordinarios de la vida. En esto no hay duda: todos somos consumidores. De lo que no siempre somos conscientes es de la tremenda capacidad de incidencia que tenemos como tales:

«La interrelación mundial ha hecho surgir un nuevo poder político, el de los *consumidores y sus asociaciones*. Es un fenómeno en el que se debe profundizar, pues contiene elementos positivos que hay que fomentar, como también excesos que se han de evitar. Es bueno que las personas se den cuenta de que comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico. *El consumidor tiene una responsabilidad social* específica, que se añade a la responsabilidad social de la empresa. Los consumidores deben ser constantemente educados para el papel que ejercen diariamente y que pueden desempeñar respetando los principios morales, sin que disminuya la racionalidad económica intrínseca en el acto de comprar.» [*Caritas in Veritate*, 66]

Seguramente el consumo es uno de los ámbitos de comportamiento en el que de manera más clara podemos contribuir a mantener el sistema económico en el que vivimos o a transformarlo. Valgan algunos ejemplos rápidos:

- Podemos comprar café en grandes superficies, comercializado por grandes empresas multinacionales de alimentación. Un café relativamente barato. Y al hacerlo, estamos favoreciendo que esa cadena de distribución y esa marca de alimentación continúen con su actividad y con la manera de ejercerla. Y podemos comprar café de Comercio Justo, seguramente no tan barato, y al hacerlo, estamos favoreciendo otra manera de producir y comercializar el café, con otros criterios y valores.
- Podemos comprar utensilios baratos y de mala calidad. Por ejemplo, un paraguas por 3 euros en las tiendas de los chinos. Ciertamente es un precio muy bajo, pero la calidad también lo es. Seguramente nuestro paraguas no dure mucho; aunque por ese precio podemos permitirnos

7. Tomemos de nuevo el caso de Somalia. El Estado español ha prometido una ayuda de 25 millones de euros, algo menos que la Deuda Externa que este país mantiene con España (26,7 millones). Una deuda que procede de la venta de material bélico español en 1987 y 1989 al régimen dictatorial de Mohamed Siad Barre. ¿Es legítima esta deuda? (www.nueva-tribuna.es, 21 de agosto de 2011).

comprarnos otro... Y al hacerlo estamos contribuyendo a que se sigan produciendo objetos de mala calidad en pésimas condiciones de fabricación a miles de kilómetros de distancia, que han recorrido medio mundo antes de llegar a nosotros y que van a parar al vertedero poco después de comprarlos. Y también podemos decidir comprar menos y de mejor calidad. Y evitar comprar productos cuyas condiciones laborales de fabricación no nos den garantía. Y reciclar y reutilizar para evitar que las cosas acaben en el vertedero.

- Podemos comprar un mueble que necesitamos, buscando uno nuevo que sea «bueno, bonito y barato». Y al hacerlo estamos contribuyendo a que se sigan fabricando muebles. Y podemos comprarlo de segunda mano, con lo que, independientemente de lo que nos cueste, evitamos que se introduzca en el circuito de consumo un objeto más y que se incorpore un objeto más al circuito de los desechos del consumo.
- Podemos comprar en unos grandes almacenes, gran superficie o importante cadena de distribución. Y también podemos hacerlo en el pequeño comercio de nuestro barrio, en el que tal vez aprovechemos para charlar un rato con el tendero. En un caso o en otro, estamos contribuyendo a modelos distintos de organización económica.
- Podemos cambiar cada año de teléfono móvil o de cualquier otro útil informático, acogiéndonos a las irresistibles ofertas de las compañías proveedoras, apuntándonos a la moda imperante y disfrutando de la última novedad tecnológica. Y al hacerlo estamos contribuyendo a mantener un sistema escalofriantemente perverso de obtención de minerales y de producción industrial. Y podemos rechazar tales ofertas y tentaciones y seguir con nuestros aparatos que todavía son útiles y nos siguen prestando un servicio suficiente para nuestras necesidades reales. Y de paso ser más conscientes de la importancia que damos a esas supuestas necesidades.
- Podemos viajar en avión en trayectos intracontinentales, incluso con tarifas muy económicas (¿nos hemos preguntado cómo es posible que resulte tan barato?), contribuyendo a una lógica empresarial rabiosamente economicista, que ignora las repercusiones medioambientales. Y tal vez podríamos viajar en tren, un transporte menos contaminante, aunque suponga más desembolso para nuestra cartera. Y de paso viajar con menos prisa, dándonos más cuenta de los kilómetros recorridos.
- Podemos comprar por nuestra cuenta, buscando satisfacer nuestras propias necesidades. Y también ponernos de acuerdo con otros consumidores para comprar en común, compartir bienes y servicios (¿tiene sentido, por ejemplo, que en un bloque de vecinos cada uno tenga su conexión *wi-fi* con su contraseña de acceso?), tratar directamente con los productores, asociarnos como consumidores para afrontar los abusos de las grandes empresas... Y, de paso, conocer a otras personas inquietas y dialogar entre nosotros sobre las mejores opciones de consumo. De este modo, estaremos contribuyendo a «otra forma de consumo posible» y, con ello, a otra forma más participativa de organizarnos como sociedad.

A riesgo de ser repetitivo, insisto en que la realidad nunca es tan bipolar. Pero sí es cierto que hay opciones que contribuyen más a fortalecer el sistema y otras que contribuyen más a poner en práctica alternativas positivas al mismo. Lo importante es saber a qué queremos y a qué no queremos contribuir, ser conscientes de las repercusiones de nuestros actos de consumo e intentar ser consecuentes con lo anterior.

Habrà quien diga que si consumimos menos la economía entrará en recesión y las consecuencias serán aún peores. Es un debate que está sobre el tapete desde que se hizo evidente la crisis económica. Hay que decir que nunca dejaremos de consumir, pues es algo necesario para la vida. Pero hay que tener en cuenta un par de criterios.

Por una parte, en esto, como en todo, debemos discernir entre el fin y los medios: ¿para qué consumimos, para satisfacer moderadamente nuestras necesidades humanas o para crear puestos de trabajo? Incluso si queremos que nuestro consumo contribuya a crear y mantener puestos de trabajo decentes, deberíamos comprar deliberadamente aquellos productos y servicios en cuya elaboración hayan participado más personas de forma digna (por ejemplo, la producción ecológica de alimentos supone más trabajo humano por unidad obtenida que la producción industrial). Pero éste es otro debate que no podemos tratar en estas páginas.

Por otra parte, hablamos de decir *sí al consumo* (consciente y moderado) y *no al consumismo*. De lo que se trata es de dejar de consumir de la manera inconsciente y desenfrenada como hasta ahora lo hemos hecho. Se trata de que «las aguas vuelvan a su cauce», la metáfora preferida del movimiento del «decrecimiento». Una de las causas de esta crisis económica y medioambiental que vivimos es el exceso de un consumo egoísta y depredador (que, entre otras cosas, impide que otros muchos tengan acceso a un consumo suficiente). Por eso, no saldremos de la crisis consumiendo más sino consumiendo menos y con más cabeza.

Y eso aunque en esta etapa de “transición” haya sin duda desajustes que habrá que ir abordando. Es fácil estar de acuerdo en que determinados negocios (como la fabricación y comercialización de sustancias perjudiciales para la salud, el tráfico de armas, la pornografía y la explotación sexual, la telebasura...) son nocivos para el conjunto de la sociedad y que, por tanto, en aras del bien común, deben ser cerrados. Pero si así lo hacemos muchas personas se quedarán sin trabajo... ¿Qué hacemos, las cerramos o no (suponiendo que tuviéramos capacidad para decidirlo)? La respuesta podría ser doble: hay que cerrarlos, sin duda, y también ocuparse de los “desajustes” en términos laborales que esos cierres traerán consigo.

16

No lo dudemos: con nuestro consumo podemos contribuir eficazmente a cambiar la forma como está organizada la sociedad y la economía. «La interrelación mundial ha hecho surgir un nuevo poder político, el de los *consumidores y sus asociaciones*». ¡Hagamos buen uso de ese poder!

2.2.4. La alimentación

Aunque este punto podría incluirse en el anterior, merece una consideración propia. En nuestras sociedades desarrolladas apenas dedicamos una parte de nuestros ingresos a alimentarnos, pero esto no quita que sea el ámbito más básico de necesidad humana. Tal vez no viajemos en avión o no tengamos acceso a Internet, pero todos tenemos necesidad de alimentarnos. Y no siempre somos conscientes de las repercusiones que tiene nuestra forma de alimentación. En primer lugar, repercusiones sobre nuestra propia salud, pero también sobre otras poblaciones y sobre el medio ambiente.⁸

Veamos rápidamente un par de estas repercusiones:

- Posiblemente, el escándalo más sangrante en la manera como nos alimentamos es el consumo creciente de carne (sobre todo la de ternera) en las sociedades desarrolladas, a las que se le están sumando rápidamente los países llamados «emergentes». Por este motivo, cada vez se dedica más superficie de tierra para cultivar la soja y cereales con los que se elabora el pienso que come una cabaña ganadera cada vez mayor. Terrenos en países lejanos, a veces a costa de bosques tropicales y de poblaciones indígenas. Y conviene saber que para obtener un gramo de proteína de ternera se precisan entre 9 y 10 gramos de proteínas vegetales. Por eso, en un mundo donde, según la FAO, hay más de mil millones de seres humanos «severamente desnutridos» y donde cada día mueren de hambre 40.000 personas, es sencillamente inmoral que dediquemos superficie agraria a cultivar alimentos aptos para el consumo humano y se los demos a los ani-

8. Este tema está excelentemente desarrollado en: Gustavo DUCH GUILLOT y Fernando FERNÁNDEZ SUCH, *La agroindustria bajo sospecha*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, Cuaderno nº 171.

males, con la pérdida proteínica que eso supone.⁹ Además, es sabido que los excrementos y ventosidades de las vacas emiten metano, un gas mucho más destructor de la capa de ozono que el CO₂. Algunas personas también son razonadamente sensibles a la manera como suelen ser tratados los animales estabulados, hacinados en un mínimo espacio, sin más posibilidades vitales que la de comer y defecar desde el nacimiento hasta el momento de ser sacrificados y con un alto consumo de antibióticos para resistir tales condiciones. ¿Qué hacer ante esto? De entrada, actuar como el “siervo malo” de la parábola: no colaborar con ese sistema, hacer públicamente objeción de conciencia y evitar comer una carne así producida. Y de paso darnos cuenta de que es más sano comer menos carne (y comerla de producción ecológica). Y explicar a quien quiera escucharnos por qué actuamos así.

- Así como la carne que consumimos en España procede de animales alimentados con soja y cereales traídos de muy lejos, otros muchos productos que consumimos también cuentan con una considerable huella de carbono, y no sólo por el transporte. Hay estudios que manifiestan que por cada caloría de los alimentos que comemos han sido necesarias (en su obtención, elaboración, transporte y envasado) hasta diez calorías procedentes del petróleo. Esta excesiva dependencia del petróleo en nuestra alimentación es uno de los riesgos más graves a los que nos enfrentamos como humanidad, en un momento histórico en que estamos cerca de alcanzar el “pico del petróleo” (el año en que dejemos de extraer más petróleo que el año anterior, para extraer la misma cantidad y, a partir de ahí, cada año menos que el anterior). Realmente comemos alimentos impregnados de petróleo. Y ya sabemos que este recurso natural, además de ser limitado y contaminante, lleva frecuentemente consigo violencia, injusticia y atentados a los derechos humanos.

Junto al consumo de petróleo hay que añadir el del resto de productos químicos presentes en nuestros alimentos. Hemos llegado a un punto en que, por primera vez en la historia de la humanidad, esta generación de niños tiene peor salud que la de sus padres (hablamos de los países desarrollados)¹⁰. Y ello es debido en buena parte a la forma de producir los alimentos que consumimos. Nuevamente, si sabemos estas cosas y queremos contribuir a un mundo más solidario, sostenible y saludable, ¿qué podemos hacer? Fijarnos e imitar a los que nos llevan la delantera en esto, los que optan por una alimentación sana, solidaria y respetuosa con el medio ambiente; por consumir productos locales y en la medida de lo posible en contacto con los productores. Optar por otras formas de alimentación supone denunciar las consecuencias negativas de este sistema contraproducente y contribuir a transformarlo. ¡Sin duda, *Otra alimentación es posible*!¹¹

Otros muchos ejemplos se podrían poner sobre las repercusiones de nuestra forma de alimentarnos. Permítaseme añadir una más, en mi opinión no menos importante: la dimensión espiritual. Somos seres vivos, que necesitamos alimentarnos para seguir vivos y desarrollarnos como personas. Y lo hacemos comiendo otros seres vivos. Formamos parte de la Naturaleza y el alimento cotidiano nos lo recuerda innegablemente, con tal que seamos capaces de reconocerlo. Cada día bendecimos la mesa y damos gracias a Dios por los dones recibidos. Junto a nuestro agradecimiento, incluyamos una actitud consecuente en el trato que damos a los otros seres vivos y a la Naturaleza en su conjunto.

2.2.5. Otros ámbitos de comportamiento

Podríamos extendernos más, pero el propósito de este escrito no es más que presentar algunos ejemplos. Vayan algunos más a modo de conclusión de este apartado:

9. Igualmente inmoral es, habiendo tantos hambrientos en el mundo, dedicar suelo fértil a cultivar productos para la elaboración de gasolina y otros biocombustibles.

10. Éste es el hilo argumental del documental *Nos enfants nous accuseront*, de Jean-Paul Jaud (2008).

11. Éste es precisamente el título de un recomendable libro de Claude AUBERT, *Otra alimentación es posible*, Navarra, La Fertilidad de la Tierra Ediciones, 2011.

- *La información.* Sabemos que la mayoría de los medios de comunicación están controlados por grandes empresas con grandes intereses económicos y de poder. Cuando compramos un periódico o una revista, estamos apoyando a la empresa que está detrás de ese medio de comunicación, a la difusión de su ideología y a su sostenimiento económico. Y estamos, también, formando nuestra opinión según esa ideología y esos intereses. Y podemos, también, elegir los medios de información y de formación según nuestros propios criterios.
- *La participación electoral.* Cuando votamos en las elecciones, podemos hacerlo a aquellos partidos que van a mantener el sistema político y la manera de hacer política que ya conocemos. Y podemos votar a otros partidos que tienen unas propuestas alternativas de hacer política, aunque, de momento, sean minoritarios (hace treinta años nadie daba nada por los «Verdes» en Alemania; hoy están presentes en la mayoría de los gobiernos locales, regionales y estatal y, en algunos de ellos, están gobernando).
- *La participación social y política.* Podemos permanecer pasivos ante la corrupción y los abusos de poder, pensando que es inútil hacer nada y criticando amargamente a quienes desde las administraciones públicas se preocupan más de su propio beneficio que del bien común. Y podemos creer en nuestra propia capacidad de intervenir: militando honradamente en asociaciones, organizaciones no gubernamentales, partidos políticos, sindicatos e instituciones, participando en campañas y manifestaciones que reclaman que «otro mundo es posible» y apoyando con nuestra firma y dinero a quienes llegan allá donde uno no puede llegar. Y haciendo pública nuestra toma de postura, en diálogo y colaboración con otras personas que, con la misma buena voluntad, optan por otras posturas.
- *El uso del tiempo y el ocio.* Podemos hacer un uso “utilitarista” del tiempo, cayendo incluso en un activismo poco humanizante, o en un uso consumista del tiempo y del ocio, devorador de experiencias y de recursos. Y podemos tomarnos la vida y el tiempo libre de una manera menos agresiva y consumista, más creativa y más rica en relaciones humanas, sin que por ello disminuya nuestra calidad de vida (más bien al contrario).

18

El abanico de ámbitos de comportamiento es inmenso. Si he querido desarrollar más los referidos al dinero, al consumo y a la alimentación es porque, posiblemente, sean los ámbitos más básicos en los que todos tenemos capacidad de intervenir.

Lo bonito es darse cuenta de que todos estos ámbitos están relacionados. Por eso no importa por cuál de ellos hayamos empezado, porque cada paso que damos nos lleva al siguiente. Y es que cuando uno empieza por hacerse una pregunta, acaba haciéndoselas todas.

2.3. Conclusión

Después de este recorrido estamos en disposición de reconocer mejor lo que sabemos de sobra: con nuestro comportamiento y nuestras decisiones podemos estar contribuyendo a que las cosas sigan como están o podemos contribuir a que las cosas sean de otra manera. Y no vale decir que cada uno de nosotros somos poca cosa, que no podemos hacer nada... ¡De ninguna manera! Cuando acudimos a votar en unas Elecciones Generales, ya sabemos que nuestro voto es uno entre treinta millones y que cuenta muy poco. Y, con todo, acudimos a votar responsablemente e incluso comentamos nuestro voto con las personas cercanas, porque sabemos que aunque cuente poco, nuestro voto cuenta. Y, en cualquier caso, porque queremos participar en la vida común y aportar nuestro

aparentemente minúsculo granito de arena en la construcción de la sociedad en la que vivimos.

Como tampoco vale el argumento de que la realidad no siempre permite una “absoluta pureza” de las cosas (ni de nosotros mismos; ¿quién puede decir que es inmaculado?) y que, a veces, haya que ser consciente de una cierta connivencia con lo que no es del todo justo. Eso, siendo cierto, no impide que haya que seguir empeñados en que nuestro mundo sea más conforme a lo que Dios quiere. Eso sí: sin agobios, sin perder la felicidad, sin aspirar a hacerlo todo bien... Haciendo ni más ni menos lo que está en nuestra mano, sabiendo que al final la victoria es de nuestro Dios.

Una penúltima idea, que ya ha sido apuntada: de poco sirve que individualmente adoptemos posturas proféticas en nuestro comportamiento respecto al dinero, al consumo, a la participación social y política... si eso se queda en la intimidad de nuestro patio. Ciertamente el Evangelio nos sugiere «que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha», lo cual es un principio valioso. Pero esta relectura de la parábola de las minas nos mueve precisamente a lo contrario: a hacer pública valientemente nuestra actitud contracultural y alternativa. ¡Sí, que se vea y que se sepa! Que se sepa por qué hacemos lo que hacemos y vivimos como vivimos. Por supuesto que con modestia y humildad, sin considerarnos mejores que nadie y en diálogo y colaboración con todos los que están, de una manera o de otra, anunciando el Reino (aunque lo llamen «otro mundo mejor posible»). Imaginemos que el siervo rebelde de la parábola, en lugar de comparecer ante el rey, hubiera desaparecido entre bambalinas y devuelto por otra vía la mina recibida. En ese caso, tal vez hubiera sido fiel a su conciencia, por no haber contribuido a acrecentar unas riquezas injustas. Pero nos hubiéramos quedado sin el ejemplo de un hombre valiente, capaz de explicar públicamente sus opciones y afrontar las consecuencias.

19

Es verdad que hay situaciones extremas donde no se puede hacer frente a un sistema injusto sin poner en riesgo la propia vida (caso de regímenes dictatoriales) y que, sopesando pros y contras, a veces sea preferible la prudencia a la valentía. Pero no parece que sea esa nuestra situación hoy en nuestro país. No parece que en este momento nuestra vida corra peligro por cambiar nuestros ahorros de banco, transformar nuestros hábitos de consumo y alimentación, o apoyar a movimientos altermundistas. Incluso si explicamos por qué lo hacemos y nos exponemos a la incompreensión de nuestro entorno. ¿Vamos a tener miedo de ser consecuentes, de ser diferentes?

No olvidemos de quién somos discípulos. Si a Jesús, el maestro y el Señor, que sube delante de nosotros a Jerusalén, le han ultrajado y torturado, nosotros, sus seguidores ¿no vamos a seguirle hasta el final?

Y un último apunte: en esta tarea no pensemos que solos vamos a llegar muy lejos. Éste es un camino para recorrer juntos, con las ventajas que aportan los apoyos mutuos de todo tipo.

Hay un detalle significativo en la Parábola de las minas que he querido reservar para el final. El versículo 13 nos dice: «Habiendo llamado a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo “negociad hasta que vuelva”».

Cuando leemos esto, pensamos que cada uno recibió una mina (y es verdad que más adelante el texto da a entenderlo así), pero no es eso lo que dice el versículo. Diez siervos son convocados para recibir diez minas, con un mandato en plural: «negociad». ¿Cómo es que interpretaron que debían repartirse las minas y cada cual negociar por su cuenta? Y aunque así fuera ¿qué les hubiera impedido poner su dinero en común y trabajar juntos?

Diez personas haciendo producir juntos lo que tienen entre todos no es lo mismo que esforzarse cada cual por su cuenta, incluso compitiendo entre ellos, sabiendo que cada uno recibirá su recompensa en función de su esfuerzo individual.

Ésta es la trampa del individualismo que impregna nuestra sociedad. Nuestro Creador nos ha confiado su hacienda y nosotros nos la hemos repartido... Pero la experiencia nos dice que al compartir, todos salimos ganando. Compartir dinero

y bienes, por supuesto, pero compartir también el conocimiento, el esfuerzo, el espíritu, la mística, la fraternidad...

En las últimas páginas nos hemos preguntado varias veces ¿qué podemos hacer? La respuesta –o, mejor, las respuestas, pues no hay una respuesta única– no es remotamente inaccesible: ¡otras muchas personas llevan mucho tiempo dando pasos! Éste es uno de los signos de los tiempos a los que la Iglesia haría bien en prestar atención: ¡cuánta buena gente haciendo realidad estilos de vida alternativos para otro mundo mejor posible!

Por eso es tan importante y beneficioso el apoyo mutuo de todo tipo: movimientos, organizaciones, asociaciones... y comunidades. Me refiero ahora a las comunidades cristianas, seglares y consagradas, que son un ámbito privilegiado de fe compartida, fraternidad y misión compartida.

Termino con un sueño que a la vez es una propuesta: el de una comunidad de personas consagradas a explorar, poner en práctica y divulgar todo lo posible hábitos de comportamiento que contribuyan a otra manera mejor posible de organizar la sociedad y que denuncien las deficiencias del sistema actual. Con todas las ventajas que supone la puesta en común de fe, vida, bienes y misión. Una comunidad que ponga insistencia en la forma como vive y cuya actividad sea precisamente extender estos nuevos parámetros de vida y contribuir a esa «educación constante de los consumidores» a la que nos invita el papa [*Caritas in Veritate*, 66]. Una comunidad cristiana que comparta la pasión, la visión y la disposición a vivir el seguimiento de Jesús desde esta clave y centrados en esta misión.¹² ¿Cómo suena todo esto? ¿Quién se apunta?

12. He desarrollado este sueño-propuesta en el libro *Una vida sobria, honrada y religiosa. Propuesta para vivir en comunidad*, Narcea, 2010.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

Ha llegado el momento en que resulta indispensable un cambio de mentalidad efectivo, que lleve a todos a adoptar nuevos estilos de vida, «a tenor de los cuales, la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un desarrollo común, sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones.» [CA 36] (Mensaje de Benedicto XVI con motivo de la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2010)

1. «Lo que nos interesa ahora es si esta relectura de la Parábola de las minas nos dice algo hoy a nosotros, nos ayuda a comprender mejor el Reino que Jesús anunció y nos estimula a seguirle más de cerca» (pág. 9). ¿Es así en nuestro caso?
2. A la luz de esta lectura de la Parábola de las minas, el hilo argumental de este cuaderno podría resumirse así:
 - a) Saber a qué queremos y a qué no queremos contribuir.
 - b) Ser conscientes de las repercusiones de nuestros actos.
 - c) Intentar ser consecuentes con lo anterior, sin agobios ni fanatismos. Asumiendo con valentía las consecuencias de marchar contracorriente. Y apoyándonos mutuamente con quienes comparten esta pasión y esta visión.
 - d) Ser transparentes en nuestra conducta y divulgarla intencionadamente, en diálogo con quienes también pretenden otro mundo mejor posible.

21

¿Estás de acuerdo con este esquema de comportamiento? ¿Qué añadirías o matizarías?

3. En la segunda parte se mencionan algunas ventajas “colaterales” a un consumo consciente:

«Y de paso ser más conscientes de la importancia que damos a esas supuestas necesidades. Y de paso viajar con menos prisa, dándonos más cuenta de los kilómetros recorridos. Y de paso conocer a otras personas inquietas y dialogar entre nosotros sobre las mejores opciones de consumo. Y de paso darnos cuenta de que es más sano comer menos carne...»

Identifica otras ventajas que, según tu experiencia personal, trae consigo el comportarse como el «siervo malo» de la parábola.

4. Haz una tabla en la que, por filas, agrupas objetos de consumo (por ejemplo: carne y pescado, verduras y frutas, café, pequeños electrodomésticos, ropa...). Y, por columnas, cinco grupos de criterios de consumo:
 - El *precio*. Lo más barato.
 - Las *características* y la *calidad* del producto o servicio. Lo que mejor satisfaga mi/nuestra necesidad.
 - Atributos de *marca* e *imagen*. El ajuste a la moda o corriente social, la contribución a la imagen y estatus.
 - La *forma de comprar*. Lo que suponga menos tiempo y esfuerzo en la compra o cuya forma de compra tenga otras ventajas.
 - Lo que más contribuye a la *Justicia, Paz e Integridad de la Creación*.

Ve rellenando la tabla, dándote cuenta de cuáles son tus criterios preferentes a la hora de adquirir cada uno de esos productos o servicios.

The first part of the paper discusses the importance of understanding the cultural context of the research. It highlights the need for researchers to be sensitive to the values and beliefs of the communities they are studying. This is particularly important in the field of education, where cultural differences can significantly impact learning outcomes.

The second part of the paper focuses on the methodology used in the study. It describes the qualitative approach adopted, which involves in-depth interviews and focus group discussions. The researchers aimed to explore the experiences and perceptions of the participants, rather than testing a specific hypothesis.

The third part of the paper presents the findings of the study. It discusses the themes that emerged from the data, such as the role of family in education and the influence of community norms. The researchers found that there were significant differences in the way that different cultural groups viewed education and the role of the teacher.

The fourth part of the paper discusses the implications of the findings for practice. It suggests that educators should be aware of the cultural context of their students and tailor their teaching accordingly. This could involve using culturally relevant materials and incorporating traditional knowledge into the curriculum.

The final part of the paper concludes the study and offers some thoughts for future research. It suggests that further exploration of the cultural context of education is needed, particularly in the area of teacher education and curriculum development.

**colección virtual**

1. **Mons. Oscar A. Romero, un defensor profético de los Derechos Humanos.*** Xavier Alegre, sj.
2. **Treinta años de reformas laborales en España.** Joan Coscubiela y Eduardo Rojo
3. **Al que tiene, se le dará; al que no tiene, se le quitará.*** José Eizaguirre

* Títulos editados también en catalán.



La colección virtual es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en la web. Aquí encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferente no hemos editado en papel, pero pensamos que tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos CJ. Deseamos que circulen por la red, y para ello contamos contigo.

Encontraréis los cuadernos de esta colección a: www.cristianismeijusticia.net/virtual